LEDIC

BIOGRAFIAS

BIOGRAFÍAS SENTIMENTALES

M863.3
LED. b.

ALBERTO LEDUC

BIOGRAFIAS

SENTIMENTALES

50175
Comp.

Voluptas omnium maxime vaniloqua.

MÉXICO
Tipografía de «El Nacional»—Mariscala, 5.
1898.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

EL PADRE ALFREDO

Después de mucho luchar y ayudado por una pequeña herencia, Alfredo conquistó su libertad y realizó sus sueños.

Uno de sus sueños juveniles había sido, vivir en una casita amueblada y construida según su capricho, y situada no muy lejos ni muy cerca de la ciudad. Cuando se cansaba de silencio y quietud y cielo, tomaba un tren, y dos horas después ya se aturdía al ruido de transeuntes y carruajes. ¡Ventajas grandes del progreso y de los ferrocarriles, se decía, te fastidia el silencio y la paz de tu morada, en dos horas estás entre focos eléctricos y gentes cultas!

Hacía pocos meses que Alfredo acababa de cumplir treinta y cinco años, y parecía acercarse á los cincuenta.

Tenía pocos cabellos, y éstos blancos, la barba gris y la faz enflaquecida. Vivía solo, con sus libros, con una cincuentona indígena muy aseada y buena condimentadora de platillos delicados, y con el esposo de aquella cincuentona que cuidaba la casa y daba á Alfredo lecciones prácticas de horticultura y jardinería.

Los hermanos y hermanas menores de Alfredo se habían casado medianamente, vivían en la ciudad y sólo de cuando en cuando iban con los sobrinitos á recoger flores y frutas al jardín del tío. La madre había muerto y un libro piadoso recomendado por ella, y que estaba en la cabecera del lecho donde Alfredo dormía, se la recordaba siempre.

Una tarde, Alfredo anunció á su ama de gobierno, que al siguiente día vendría á visitarle y á comer un amigo de infancia con su esposa. Después Alfre-

do cerró el libro y se puso á contemplar el espléndido cielo azul, manchado de rojo por el sol que se moría. ¡Cuántas veces desde los quince hasta los veinticinco años, le había entristecido profundamente mirar ocultarse el sol, en aquel mismo poblacho! Ahora, diez años más habían pasado, y aquel crepúsculo no le afligía. Ya no existían las angustias del combate por el pan, vivía libre, sin deudas ni aflicciones de dinero. Modestamente, sí, pero sin ambiciones. Medio achacoso por afecciones crónicas, pero feliz en su tranquilidad y entregado á sus lecturas y á sus trabajos intelectuales preferidos.

Si se sentía enfermo, dormía ó salía á caballo; si el cerebro le aguzaba, escribía, y si los sentidos le atormentaban y la vertiginosa vida de la ciudad le atraía, pasaba tres ó cuatro días en la capital para después volver á su retiro, á su cartuja, como la llamaba él.

Aquel cielo azul manchado de rojo por el sol poniente, le hizo suspirar.

Las nubes rojas que manchaban el

cielo, se tornaron amarillas, después blanquizcas, después se obscurecieron como el firmamento y cuando la luz hubo desaparecido por completo, Alfredo cerró su ventana y se acostó á dormir.

Mientras la esposa del amigo de infancia recogía flores después de comer, Alfredo y Federico se comunicaban mutuamente sus *estados de alma*.

—Estoy muy contento, decía Federico, el matrimonio es el verdadero objeto del hombre en esta vida. Cásate, prosiguió, cásate pronto.

Alfredo, después de un rato de silencio, contestó:

—Es muy tarde, ¡ya no sé amar!

Pasó el último tren frente á la casita de Alfredo, y éste fué á dejar á sus huéspedes. Los recién casados prometieron volver pronto.

Se alejó el tren y se perdió en la noche su lejano y monótono rumor. La luna llena blanqueaba la campiña in-

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

mensa, cuando Alfredo regresó lentamente á su casa; cerró todas las puertas, escuchó los ronquidos de la cocinera y su esposo, y entró á su recámara, abrió la ventana y apoyándose sobre el alféizar suspiró y se puso á mirar el infinito cielo salpicado de mundos. Alternativamente miraba el firmamento y se miraba el alma. Hacía mucho tiempo que vivía tranquilo, y jamás como aquella noche le había parecido tan insoportable el celibato, ni tan abrumadora su soledad.

¡El, que había nacido para amar, se encontraba sin un sólo afecto!

Al ver la felicidad de su amigo de infancia, palpó la desolación de su alma.

Sintió los labios y los ojos secos, el pecho oprimido y anudada la garganta.

Los rayos blancos de la luna alumbraban la mesita de noche cargada de libros y de frascos y hacían brillar el cañón niquelado de un revólver.

Altredo miró aquel cañón y se sonrió, le miró, tomó el revólver, sacó un pañuelo y acarició aquella brillantez del

arma, se la pasó por la frente acalenturada y largo rato la tuvo así, oprimiéndola contra su frente para que su contacto glacial le calmara los ardores que sentía.

—Nó, dijo en voz alta, y colocó el revólver sobre la almohada, sólo por no parecerme á tanto necio, á tanto imbécil que se escapa de la vida.

Encendió la bujía, abrió un armario y sacó una caja. Hacía mucho tiempo que deseaba destruir aquel cementerio de sus amores, aquel osario de su vida sentimental. Y siempre se había detenido, recordando las horas largas que pasara al releer cartas, besando trenzas y cintas, suspirando frente á los retratos de las mujeres amadas.

Sacó un legajo rotulado «Amoríos banales é insípidos» y una á una, sin leerlas, hizo arder aquellas cartas. Los amores de semanas, dijo, las mujeres que fastidian y á quienes sólo se enamora por la vanidad necia de no parecer ridículo ni tonto.

Sacó un segundo montón de cartas,

una trenza y un retrato.—¡María! exclamó, ¡mi primer amor!

¡Oh, cuando oíamos misa juntos! ¡Qué lejos están ya aquellos días! ¡Qué vieja debe estar ya, si acaso vive, y qué fea, porque no era muy bella!... Alfredo se quedó contemplando el retrato. Dos ojos muy negros, quince años y bonito talle... nada más, y por ésta fueron las primeras noches insomnes, las primeras lágrimas. ¡Siempre me acordaré de aquella ruptura! ¡Cuántos ridículos detalles! La madre, previsora, me dijo que yo era muy joven, que desistiera; luego la carta última de María pidiéndome su retrato, sus cabellos y sus cartas. Pero no las devolví, no, aquí están; dije que las había destruido. Ahora sí voy á destruirlas, después de muchos años, muchos...

Alfredo quemó las cartas y los cabellos, y despedazó el retrato de María...

En seguida, Alfredo sacó una cinta de seda azul y una trenza muy larga y negra. Sobre la cinta estaba escrito Rosina, y una fecha, borrada ya.

—La cinta, murmuró el solterón, la cinta que se ponía en derredor del cuello cuando salía á cantar al escenario. De ésta no hay cartas, ésta no sabía escribir. Y sin embargo, la idolatré locamente todo un invierno.

¡Qué fea y qué vieja debe estar también si acaso vive!

Después sacó un legajo sobre el cual se leía «Dolores.» Alfredo se sonrió tristemente y suspiró.

—¡Oh, qué pasión aquella! Tres años de martirios, de deseos, de infinitas tristezas, pasión adulterina que creí pura y cuyo desencanto fué atroz. Cuando Dolores me amó yo no la amaba ya, y fué un desconsuelo horrible, un vacío infinito, una indignación contra mí mismo al ver que su caída no me daba tranquilidad ni placer... Evité las entrevistas, dejé de verla, y aquí están sus últimas cartas plañideras. Me habla de sus remordimientos y de sus martirios, y yo, no sabiendo qué contestar, no contestaba. Prefería que sospechara todo lo horrible de mi corazón, antes

que seguirla engañando. Esta vive todavía, envejecida y fea también, y cuando me encuentra baja los ojos para no mirarme... Yo he perdonado á las que me hicieron sufrir.... ¿Dolores me habrá perdonado ya?

También ardieron las cartas y los cabellos de Dolores y Alfredo despedazó el retrato de la adúltera.

Después sacó un libro primorosamente encuadernado, una novelita sentimental, abrió la primera hoja y leyó en voz alta: «A mi inteligente amigo Alfredo.»

¡Su inteligente amigo! ¡El único recuerdo que me queda de ella, de mi Beatriz, de mi amor dantesco!

¿Por qué no llamar á ésta mi Beatriz, cuando siempre fué para mí una sombra, una mujer cuya excesiva vanidad femenina no me dejó nunca declararle mi amor, ni adorarla abiertamente? ¡Mi Beatriz! ¡Mi amor dantesco! ¡Mi musa orgullosísima á quien jamás dije una frase de amor!

¡Su inteligente amigo! ¡Como si

nuestras insulsas conversaciones literarias bastaran á hacer vivir mi corazón! ¡Como si la vida del cerebro no fuera anémica y raquítica junto á la existencia *encantadora* del amor! ¡Como si los mezquinos goces cerebrales fueran suficientes para calmar la sed pasional de mi pobre alma!

¿Y en dónde vivirá ahora mi *inteligente amiga?* ¿Qué se habrá hecho mi Beatriz? Será probablemente alguna devota obesa enamorada de un esposo celestial, alguna solterona librepensadora y filantrópica, presidenta tal vez de una sociedad progresista y civilizadora, probablemente escribirá largos y didácticos artículos intitulados «la regeneración de la mujer por medio del estudio, etc.» ¡Pobre inteligente amiga mía! ¡Pobre corazón imbécil el mío, que la adoró tanto tiempo en silencio!

¿Guardaré este recuerdo de mi Beatriz? No, ¿para qué?.... Al fuego también.

Y Alfredo fué arrancando y quemando lentamente las hojas del libro que

le recordaba á su *inteligente amiga*, á su dantesco amor, á su Beatriz. Después del libro vino otro montón de cartas, un guante, una trenza rubia, flores marchitas, un escapulario y una llavecita enmohecida que pendía de una cinta negra.

Alfredo acercó á sus labios la llavecita y el guante, sintió que se le mojaron las pupilas y hondamente suspiró.

—¡Rosa!..... exclamó; ¡la llave de su ataúd! ¡la que tal vez me hubiera amado mientras yo viviera! ¡la que debe ser ya un esqueleto agusanado é inmundo!

Alfredo releyó las cartas de Rosa y las quemó también, quemó sus cabellos rubios, besó é hizo arder el guante y el escapulario. ¡Oh! todo el tiempo que nuestros amores duraron, llevé al cuello este escapulario que ella misma me puso con sus manos magníficas de emperatriz; con aquellas manos que yo besé heladas y sobre las cuales lloré y gemí al amanecer de la insomne noche pasada junto á su cuerpo, que vino á herir la muerte estúpida en plena juventud.

Todo aquel tiempo fuí piadosísimo: oíamos misa y rezábamos juntos, besaba yo mi escapulario todas las noches y me parecía que el santo Cristo pendiente á la cabecera de mi lecho, me bendecía.

¡Ni Rosa ni yo dudábamos del porvenir! Violentamente su salud se extinguió, y la muerte estúpida fué acercándose á ella hasta asesinarla.

Aquella noche junto á su cadáver, juró tontamente no amar más á ninguna mujer, quizá por egoísmo, tal vez para no experimentar esas horribles angustias, esa opresión sobre el pecho, esa necesidad de dormir, de aletargarse para no sentir, para no vivir, para no saborear todo lo amargo de la separación... Salió el sol, y amaneció aquella espléndida mañana de Julio, salimos unos cuantos enlutados tras de los cuatro indígenas grasientos que cargaban el féretro.

¡Cómo miro delante de mí la visión de aquella mañana! ¡Qué facultad tan triste esta de hacer con nuestro cere-

bro un panorama retrospectivo! El cielo muy azul, las rosas del camposanto muy frescas, muy blancas... y el ruido de nuestras pisadas sobre la arena de las avenidas del panteón...

—*Levanta... suelta.... jala un poco...* ¡Cómo escucho muy claras aquellas voces aguardentosas de los enterradores!...

Después un golpe seco, las paletadas de tierra sobre el féretro.... y yo, sintiendo el deseo de correr, de escaparme de allí, de sollozar á gritos.... luego la voz de una anciana que la vió nacer, que la miró sufrir, que la siguió paso á paso en su calvario.

—Allí está mejor, Alfredo, me dijo, allí va á vivir la verdadera vida...

Y el regreso á la ciudad, y la vuelta á la vida y los horribles crepúsculos que se siguieron á aquel día.

¡Nó! me dije entonces, no volveré á amar jamás...

Y antes que pasaran seis meses volví á amar.

Sólo un paquete de cartas quedaba en el fondo de la caja. Alfredo lo sacó y releyó las últimas líneas de una:

«.....en mi pobre corazón manchado y que los hombres segu rán manchando hasta que muera, habrá siempre para tí un recuerdo delicado y triste.... para tí que has sido el más tristemente delicado de cuantos me han besado:... Y si no es mentira la vida futura que tantas veces fué el tema de nuestras conversaciones, si no es quimérica esa existencia de ultratumba, allá nos juntaremos para amarnos, no rápida ni impuramente como aquí, sino con el delicadísimo afecto del espíritu.»

—¡Antonia!... exclamó; la espírita, la de pasado turbio, la única de todas las que amó que poseía la dolorosa nobleza del espíritu, esa curiosidad insaciable de lo desconocido, esa angustia por saber lo que sucederá á nuestra pobre alma después que haya cesado la vida orgánica.

¡Qué locura, nos decíamos mutuamente, á la mitad de nuestras noches

de amor, qué locura querer aletargar el espíritu con el cansancio de los sentidos! Estos, fácilmente se excitan y se fatigan pronto, aquél vela constantemente, aquél es la harpía infatigable que nos echa á perder todos nuestros festines, riendo estrepitosamente y gritándonos: *vanidad, miseria, eterna vanidad de vanidades.* Y durante nuestras raras pero largas entrevistas, cuando huíamos de la ciudad para contemplarla desde lejos, para contemplar el firmamento y nuestras almas, cuando ella me veía enmudecido, ¡cómo sabía muy bien disipar mi melancolía con sus besos y sus caricias!.... me besaba la frente, me acariciaba los cabellos, y descansando su cabeza sobre mi pecho,

—No te entristezcas, me decía, para tristezas tenemos bastante con todo el tiempo que hemos de vivir separados, para mutismos sombríos, demasiado tiempo nos dejará la vida y sus pesares... Vamos, tonto, no te entristezcas... mira los astros qué lejos quedan de

esa ciudad alumbrada por focos eléctricos...

Constantemente nuestras citas eran pretexto para proyectos de viajes siderales, de excursiones planetarias y de contemplaciones cósmicas... siempre la preocupación eterna de si existirá el alma, de si sobrevivirá después, de si podrá encontrar á los que amó en la tierra...

Cuando las ausencias comenzaron á hacerse insoportables, y la solución única que podían tener nuestras relaciones, era la vida bajo el mismo techo, el fantasma de mis deberes de entonces se levantó inexorable á darme latigazos en el corazón, el *qué dirán* me abrasó la frente, y todas las preocupaciones me gritaron: déjala de ver, olvídala, esa es tu perdición, tu hundimiento social...

Pero encontrándome débil para llevar á cabo una ruptura por escrito, solicité una entrevista última y larga, muy larga... para impregnarme de ella, para empaparme de su melancolía, de

sus besos y de sus miradas... ¡Oh! también para buscar en ella algo ridículo, algo cómico que sofocara á la víbora-dolor que me subía del corazón á la garganta.

Yo conocía este tratamiento de saber encontrar lo ridículo para curar las convulsiones de las pasiones dolorosas, yo lo había empleado en mí mismo con mucho éxito... Y me dije que después de aquella última cita en la cual pondría en práctica mi sistema, dejaría por completo de pensar en Antonia y mataría á la víbora-dolor... Nos encontramos, vimos meterse el sol... y largo rato ella no me habló ni yo supe qué decirle. Dejé como siempre, que descansara su cabeza sobre mi pecho, y me acariciara los cabellos...

Se fué la luz del día, se salpicó de puntos brillantes el firmamento, y me dijo:

—Vámonos...

—Vámonos... repetí.

Nos echamos á andar, y cuando comencé á exponerle mis deberes y los

obstáculos que impedían nuestras relaciones, me interrumpió y me calló con un beso.

—No me digas nada, exclamó, no me hables de separación, imagínate que esta noche moriremos y así no echarás á perder siquiera este último festín....

Y me besó toda la noche, me besó locamente para que el espíritu se durmiera, para que la infatigable harpía no nos despertara de nuestro último letargo de pasión...

Volvió la luz blanca del día, exasperante, igual, instigándonos á huir de allí, á seguir mi eterna lucha, mi combate constante y diario.

Alfredo concluyó su monólogo quemando las cartas de Antonia que formaban el último legajo.

Asqueado por el olor acre de cabellos y papeles quemados, se acercó á la ventana, y después de mirar el cielo, se miró el alma.

—Y Federico Ruiz me aconseja el matrimonio, pensó; ¿dónde está el corazón que voy á ofrecerle á la que ha

de ser mi esposa? Allí, allí está, hecho un montón de cenizas que esparcirá mañana doña Lola con su escoba.

Alfredo sintió que se le abrasaba la cabeza y apoyó la frente sobre el cañón niquelado de su revólver, que había dejado encima de la almohada.

—¡Qué frío tan consolador, murmuró, qué contacto tan benéfico y tan tranquilo...!

Se levantó y tomó el revólver, lo acarició, lo miró largo rato con delicia, con deseo, con envidia; pero lo arrojó bruscamente y salió de puntillas, repitiendo:

—¡Nó! siquiera por no parecerme á tanto imbécil que diariamente lo hace.

Alfredo salió al campo.... ya muy pronto vendría el sol.... había pasado casi toda la noche en aquel auto de fe de su corazón y sus recuerdos.... anduvo un poco sobre la yerba que mojaba ya el rocío; pero se sintió tan fatigado

y tan febril, que se arrojó sobre el césped para dormir.

El sueño le cerró los ojos y aparecieron ante él dos imágenes muy claras. Un Cristo colosal y la madre, la madre de su alma llorando ante la imagen...

—Sálvalo, Señor.... decía la madre.

—El que me sigue no anda en tinieblas, dijo el Cristo; el que se reclina en mi pecho encontrará el consuelo, la tranquilidad, la paz que no da el amor de las criaturas.

Mi doctrina es de abnegación, de sacrificio, no de vanidades ni egoísmo, y si los hombres, las pasiones y la ambición abrieron en tu alma heridas sangrientas que aún te punzan y te martirizan, abre tus ojos á la fe consoladora, á la esperanza de un consuelo inefable que no conoces.

Alfredo sollozó como se solloza en las pesadillas.

—Sálvalo, Señor.... decía la madre.

Y poco á poco, lentamente, como se desvanecen las figuras en los sueños,

así se fueron perdiendo ante los ojos de Alfredo, primero los colores, después las líneas, y por último, las sombras del Cristo colosal y la de la madre de su alma.

Cinco años después, el Padre Alfredo se paseaba en su jardín al caer la tarde, rezaba *vísperas*, y cuando hubo concluido se quedó mirando el sol tranquilo que se perdía en el Occidente....

Suspiró, secó dos lágrimas furtivas que se escapaban de sus ojos, y murmuró:

—Gracias, Dios mío, gracias. ¡Oh, hermosura antigua, qué tarde te conocí!

Y al mirar cómo se hundía tranquilamente el sol, y cómo se manchaban de oro y de púrpura las nubes occidentales, recorrió toda su agitada existencia con el pensamiento, todas sus pasiones febriles, sus desesperaciones y sus insomnios de joven, su ambición y sus luchas de hombre, y por último,

aquel auto de fe de su corazón, su pobre corazón esparcido y prodigado entre tantas mujeres amadas con frenesí, olvidadas después, lloradas algunas veces.... y sintió cómo le subía desde el alma una oleada de infinita piedad, de conmiseración y de piedad para las culpas y los dolores humanos. Y precisándose en su mente las figuras de aquel sueño en que había mirado al Cristo y á la madre de su alma, recordando también aquella súplica postrera de la que le enseñó á orar, murmuró frente á los celajes carmíneos postrimeros del crepúsculo:

—¡Bendita seas tú que desde la eternidad velas por mí!

Se envolvió en su manteo y se alejó del jardín esperando que su existencia se extinguiera con la misma calma tranquila con que se acababa el día... esperando que como tan serenamente llegaba á la tierra la obscuridad nocturna, así llegarían hasta él las tinieblas del sepulcro.

ANTONIA

Aquella mesita de noche con cubierta de mármol blanco, fué lo único que se salvó de las catástrofes, de las ventas, de los embargos y de los empeños, y formaba un contraste extraño y cómico la cubierta de mármol de esa mesita, junto al catre de fierro y junto á las sillas desvencijadas y sucias, en el cuartucho sombrío y húmedo de aquel barrio infecto.

Sobre esa placa de mármol, único resto del esplendor perdido, estaba un tomo de las *Rimas*, un vaso y un frasco que contenían líquido negro, y el Crucifijo de latón que acababa de dejar

allí un sacerdote de angulosa faz, que vino al cuarto de Antonia llamado apresuradamente por una de las vecinas.

—Que duerma, hijas mías, dijo el clérigo, que duerma; ya no hay peligro; que descanse su cuerpo y su pobre alma acribillada de sangrientas heridas.

Salió el sacerdote, atravesó el ancho patio empedrado y sucio, se embozó en su capa y se alejó de la casa lóbrega y del barrio infecto.

Hacía frío, se había metido el sol y las sombras tristísimas crepusculares obscurecieron el cuarto donde Antonia respiraba fatigosamente.

Antonia dormía, soñaba á su hija Lelia, la niña de pupilas negras y crenchas sombrías que había venido con la vecina al oir sus gritos y conseguido que la madre bebiera ipecacuana para arrojar el líquido mortal.

—¡Qué amargo sabe el láudano, murmuró Antonia despertando, tan amargo como la vida!

E incorporándose en su lecho cerró los ojos y se volvió á dormir.

Entonces miró desfilar todos sus años de un ángulo á otro del cuartucho Desde la adolescencia, desde la muerte de sus padres, desde la pérdida del bienestar, desde el primer seductor, el primer abandono y las primeras miserias pasadas junto á la hija nacida de un instante de locura.

Miraba Antonia en su sueño la frente blanquísima de Lelia, miraba sus pupilas sombrías, muy negras, tan sombrías y negras como los reflejos del líquido amargo que había bebido aquella tarde... y un dolor agudísimo en el estómago la despertó.

Lanzó un grito y la vecina de junto vino con Lelia.

Ya estaba salvada Antonia, ya había arrojado toda la dosis de láudano; ¿por qué, pues, le punzaba el estómago con tanta fuerza?

—No quiero morirme, dijo con temblorosa voz á la vecina.

¡No quería morirse!...

Antonia acababa de asomarse al agujero negro y profundo á donde todos

hemos de llegar, y no quiso caer. Prefería la miseria, el abandono, el hambre, el vicio, todo, menos aquellas tinieblas fascinadoras y profundas, fascinadoras como el abismo, como la embriaguez, como las pupilas fulgurantes de las tísicas.

Al calmársele los terribles dolores se preguntaba:

—¿Por qué temer? ¿Por qué acobardarse? ¿No es el sueño tranquilo y eterno? ¿No es el consuelo único? ¿No es la extinción completa de todas las luchas y de todos los pesares? ¿Por qué temer, pues?

Y buscaba sobre la cubierta de mármol de la mesita de noche, el vaso con el líquido amargo de reflejos negros.

Hacía mucho frío fuera de la vivienda; era en Diciembre. Ya se había extinguido totalmente la luz del sol y las estrellas brillaban temblorosas, cintilantes, pálidamente amarillas, sobre la profundidad negra del cielo...

En la vivienda donde Antonia dormitaba, las tinieblas, las sombras..., de un ángulo á otro el desfile de años, de recuerdos, de placeres rápidos, de miserias y de tristezas.... y en la vivienda de junto, Lelia sollozando sobre el pecho de la vecina...

Poco después de la salida del clérigo que confesó á Antonia, se durmió la vecina, se echó á roncar profundamente, narcotizada ya por los vasos que había bebido de líquido blanco del maguey, y Lelia entró al cuarto, encendió una vela de sebo que colocó en la palmatoria grasienta y se arrojó llorando en los brazos de Antonia.

Antonia poseía, como muchas mujeres superiores caídas, esa dolorosa facultad de encontrar siempre la línea cómica, el contorno grotesco en los paisajes más dramáticos de la vida. ¡Oh! se decía, ¿acaso la vida no es en sí misma una tragicomedia de la cual somos ac-

tores? Y en la existencia diaria de los miserables y de los desheredados, ¡cuántas pinceladas ridículamente desgarradoras! ¡cuánto grotesco mezclado á lo trágico de la peregrinación sobre el mundo!

Después del abandono del primer amante, después de los primeros embargos y el primer lanzamiento de la primera casa no pagada, Antonia cayó rápidamente. Ensayó trabajar, pero sus padres habían acostumbrado sus manos delicadas de estatua á calzar guantes de piel sueca y no á coger agujas. Soportó duramente una semana de taller de modas y la noche del sábado, al recibir los dos pesos veinticinco centavos de la *raya*, juró morir de hambre antes que ser costurera. ¿Cómo vivir? A los veinte años es muy tarde ya para aprender á ganar el pan con una aguja. Si Lelia no viviera, si no fuera por la hija adorada de pupilas negras, con cuánto gusto hubiera Antonia bebido morfina, láudano ó cualquiera de esas drogras que tienen la facultad de limar

violentamente el pesadísimo grillete de la existencia... ¿Qué crímenes expía la hija de mi alma? ¿Qué pecados puede compurgar Lelia? Y para huir de la tortura del hambre y del razonamiento, Antonia leía, se pasaba los días inyectándose con morfina literaria, viviendo en el mundo de los sueños.

—*¡Soñar!* se decía recordando á un poeta suicida. *¡Soñar, ese es el puente que entre la cuna y el sepulcro media!*

Pero no impunemente se narcotiza el alma con literatura y con frases envenenadas. Es muy dolorosa la vuelta á la vida real después de viajar en los mundos cerebrales de los poetas; y era preciso, necesarísimo, urgente, encontrar una manera de vivir para comer y pagar la casa, para vestir á Lelia y vestirse ella.

Y una tarde Antonia había tomado un fragmento de espejo polvoso, había mirado largo rato sus pupilas muy negras, su frente muy blanca y sus crenchas de cabellos muy abundantes y sombríos,

—Vaya, se dijo lanzando una carcajada nerviosa que despertó á Lelia; cuando se tiene juventud y hermosura, ¡quién teme la miseria!...

Esperó el anochecer: arregló sus crenchas sombrías y salió á la calle dejando dormida á Lelia.... Y volvió muy tarde, cuando ya las estrellas que se asoman en el Oriente, al obscurecer, llegaban al Ocaso. Entró de puntillas para no despertar á la niña que dormía, y á la mañana siguiente hubo dinero en aquel hogar.

Durante muchos meses, Antonia salía de su miserable vivienda cuando llegaba la noche y volvía muy tarde; algunas veces no volvía sino hasta después del alba, pero había pan y dinero para que se vistieran y se calzaran ella y Lelia; y cuando la niña preguntaba:

—¿A dónde vas, mamá?

—Ya vengo, hija, contestaba violentamente Antonia y se escapaba.

Y vivió mucho tiempo esa vida turbulenta, agitada y tristísima. Siempre con el terror de la policía y del hospital, siempre con la pavorosa expectativa de la cárcel y de la nauseabunda enfermedad. Perdió muchas de sus nociones de mujer delicada, se olvidó de sus finuras de niña elegante y ya no lloraba, ni le espantaban el vicio y la miseria.

A medida que frecuentaba antros infames se desarrolló por completo en ella la facultad de encontrar siempre la línea grotesta en todos los actos de la vida. Algunas veces la hacía reir nerviosamente el corcho quemado con que se pintaba las cejas y las ojeras; otras, las reflexiones de Lelia.

—Mañana no quiero comer como los perros, decía la niña exasperada.

Lelia no quería comer como los perros, porque no pudiendo ya servir las sillas, Antonia y su hija se sentaban sobre el pavimento de ladrillos y así comían, colocando sobre sus faldas los platos rotos y torcidos.

Antonia se reía nerviosamente.

—Conque comes como los perros, ¿eh?

—Así comen los perros, mamá, en el suelo.

Pero nada tan divertido ni tan grotesco, como las tertulias en casa de la vecina.

Antonia prestaba su mesita de noche; y allí, sobre la placa de mármol, se colocaban los vasos y las barajas. Aquellas tertulias tenían lugar regularmente las tardes de los lunes y domingos.

Sobre las sillas buenas se sentaban Cuca la Chata, que cantaba sones con su ronca voz gutural de alcohólica; y Lupe la Cucarachita, que pespunteaba la guitarra.

La vecina del ojo lacrimoso y vacío hacía los honores; aquella vecina de pómulos rojizos y rubicunda nariz, se había constituido en protectora decidida de Antonia, llevaba y traía cartitas, y de cuando en cuando algún perfumado billete de Banco.

Cuca la Chata cantaba, Lupe ras-

gueaba la guitarra, Antonia, sentada sobre el pavimento con Lelia en los brazos escuchaba, lanzando carcajadas nerviosas y exasperantes. Cuando la vecina le daba de beber el líquido blanco que se extrae del maguey, Antonia bebía con repugnancia; después, quería beber agua para no oler mal.

—¡Pobrecita niñal, decía la vecina, no puede acostumbrarse.

—Pero si ya sé beber, contestaba Antonia riendo estrepitosamente al mirar la compungida faz de la vecina; ya sé beber... y bebía como Cuca, como Lupe y como la vecina del ojo lacrimoso y rubicunda nariz.

Pero de pronto salía del cuarto, é iba á arrojar el líquido blanco que había bebido.

Después de unos instantes volvía, desencajada, pálida, con los pómulos verdosos y la frente mojada con sudor frío.

—No puedo beber... me hace mal.

Cuando comenzaba á caer la tarde, Lupe y Cuca se despedían é iban á arre-

glarse para salir. La vecina del ojo lacrimoso y vacío recogía la guitarra, las barajas y los vasos, apuraba los restos de la bebida blanca, llevaba al cuarto de Antonia la mesita de noche con cubierta de mármol y Lelia y Antonia entraban á su cuarto. La vecina del ojo lacrimoso se despedía.

—Hasta mañana, Antoñita; si Lelia tiene miedo, que se venga á acostar conmigo.

—No, contestaba tímidamente la niña; me quedo aquí mejor.

Mientras Antonia se preparaba á salir, Lelia, recostada, bostezaba y miraba á la madre pintarse los labios con carmín y los párpados y las extremidades de los ojos con corcho quemado.

Antonia seguía pintándose y arreglando sus cabellos, y asqueada de su existencia y del sabor repugnante de la bebida blanca, deseaba arrojar el alma, el cerebro, la vida... Miraba á su hija recostada, dormida ya, cuando ella se echaba el chal negro sobre los hombros, y como se miran pasar monumen-

tos y figuras y paisajes sobre la tela de un panorama de vistas disolventes, así veía Antonia pasar en su imaginación sobreexcitada, los años de la niñez lejana. Veía el extenso salón de su casa, las tertulias íntimas, los tres ó cuatro amigos que escuchaban á la madre alta y bella acariciar el marfil y el ébano del piano, y ella (Antonia), muy niña aún, dormitándose en el regazo del padre querido. Recordaba sus primeras lecciones de música, la madre misma le había enseñado á conocer las notas y las teclas.

—Tienes manos de pianista, Antonia, solía decirle la madre.

Repentinamente lanzaba una carcajada histérica; distraída con la contemplación del panorama de sus recuerdos, se había pintado con el corcho hasta cerca de la oreja y era preciso despintarse.

—Parezco clown... se decía.

Una noche, al atravesar de una ace-

ra á otra de la calle, un cochero ebrio la injurió á gritos, le escupió vocablos insultantes, y Antonia creyó que el pavimento se abría bajo sus pies; pero rió nerviosamente y contestó al cochero tres ó cuatro palabras del vocabulario que oía en casa de la vecina del ojo lacrimoso. Otra vez que salía de beber, la detuvo con insistencia una voz.

—*Niña* Antoñita, *niña* Antoñita, ¿qué, no se acuerda usted de mí?

Antonia volteó á ver quién la llamaba niña.

—¡María! dijo; ¡mi *nana!*

—¿Ya no vive usted con sus padres?

—Ya no, María, se murieron.

—¿Vive usted sola?

—Sí.

—¿En dónde, niña?... ¿Está usted pobre?

Antonia dijo otro nombre de calle y se alejó rápidamente.

Pero ninguna humillación había sido tan grande como la del día en que in-

tentó suicidarse. Había pasado la noche en la comisaría, llevada allí entre otras mujeres ebrias por un escándalo que éstas dieron en plena calle cuando Antonia pasaba.

Esa noche la amargura de aquella vida irregular llegó á su colmo; las compañeras, al verla tímida, la insultaban y se burlaban de ella; y cuando llegó el día, y el comisario, después de tremendas amonestaciones, la dejó libre, Antonia tomó la determinación firme de quitarse la vida.

—No puedo vivir, se dijo; primero la muerte que la cárcel ó el hospital.

Compró láudano y se puso á contemplar á través de la luz los reflejos sombríos del veneno.

—Así debe ser el otro mundo, pensó, negro, rojizo, sombrío, pero sin hambre, sin hombres, sin cárceles ni hospitales.

Antonia bebió.

—¡Qué amargo sabe!, dijo; pero continuó bebiendo.

—Es más amarga la vida, prosiguió.

Después le punzó cruelmente el estómago, y un terror invencible se apoderó de ella.

—¡Lelia! gritó desesperada. ¡Lelia!...

Llegaron precipitadamente Lelia, la vecina del ojo vacío y Cuca.

—¡Me muero!, decía Antonia, ¡me muero! ¡Un médico y un padre!

Llegó el Galeno y tras él un sacerdote alto y flaco, que caminaba siempre de prisa mirando simultáneamente al cielo y al suelo, como pidiendo á los de allá un poco de bálsamo para curar las dolorosas y pútridas úlceras de los de acá.

—Ya está salvada, dijo el Galeno al salir.

Entró entonces el sacerdote, y después de largo rato salió también.

Ya era de noche; «la noche parecía aun más negra que de costumbre.»

Antonia y Lelia se quedaron solas; la niña, cansada de llorar, dormitaba sobre el regazo de la madre.

La triste claridad de la bujía le alumbraba las pupilas, y frente á ellas se-

guían pasando en vertiginoso galope sus recuerdos y su existencia presente. Al llegar á su intentona de suicidio, pensó:

—Tiene razón el Padre; si la muerte está tan cerca de nosotros, ¿para qué buscarla? ¡Oh! es tan horrible verla de cerca. Y sin embargo, pasado ese segundo terrible que tanto nos aterra, tal vez entremos á la perpetua tranquilidad, al infinito reposo. ¡Perdón, Señor, si quise dormirme antes que tú lo determinaras; haz que la vida misma me cure las heridas sangrientas que ha abierto en mí! Desde hoy, esperando siempre, como me dijo el Padre, de tu infinita bondad, que el día que amanece puede ser el último de mi existencia, sólo pensaré en pedirte fuerzas para soportar mis dolores y mi miseria, ánimo para luchar contra el mundo y perdón para los que me insultan.

Luego, tomando el crucifijo que el sacerdote le dejó, lloró sobre él.... Y cuando empezaba á llegar la luz del día, Antonia, con la certidumbre ya de vol-

ver á vivir su angustiosa existencia, se durmió acariciando á su hija y esperando que Dios, y no ella, abriese pronto la puerta de otra vida mejor.

LA BACHILLERA

(RECUERDOS DE UN CUARENTÓN)

Un domingo de Marzo de 1886 cumplí treinta años, y si el robusto alemán que me trajo á la vida viviera aún, ese domingo, al que hago referencia, habría yo contraído matrimonio civil y canónico con Baldomera Gutiérrez y Delorme, linda muchacha (en vida de mi padre), y en la actualidad jamona escurrida de caderas, adusta de ceño y máxime ceñuda cuando monta sobre su aguileña nariz los binóculos octagona-

les engastados en relucientes montaduras de oro.

Quienes conocieron á Baldomera hace veinte años, pueden hacer constar que aun no usaba binóculos octágonos, aquel Viernes de Dolores, en que sus padres y los míos, unidos por amigables lazos, resolvieron que muy de madrugada iríamos á saborear nacional desayuno á bordo de amplia y primitiva embarcación, que guiada por un indígena se deslizó sobre aguas turbias desde el alba hasta muy entrada la mañana.

Si mis recuerdos históricos no me engañan, aun no triunfaba Tuxtepec; pero ya eran muy alarmantes las noticias que sobre la revolución corrían, y el padre de Baldomera, entusiasta partidario del lerdismo, hacía al mío grandes é interminables elogios de aquel Presidente que murió en el destierro y en el olvido.

Mi padre, de nacionalidad hamburguesa, como ya dije, dedicábase al comercio de loza, cristal y porcelana: an

helaba la paz para llegar cuanto antes á completar la soñada suma de cien mil pesos y poder así, en compañía de mi madre, dama muy devota, retirarse á envejecer tranquilamente en los alrededores de Hamburgo.

Hoy que los calendarios vividos por mí me proporcionaron ya la amarga satisfacción de haber tratado á muchas gentes, quédome absorto cuando recuerdo cómo trabaron tan buena amistad ambos caracteres, es decir, el del papá de Baldomera, empleado en la Secretaría de Hacienda, y el de mi padre, rico cristalero que odiaba la política, las letras, las artes, y sólo amaba el dinero con las innumerables comodidades domésticas, que el tal proporciona á quienes lo poseen.

Era el señor Gutiérrez, tapatío fogoso é ilustrado como muchos de sus paisanos: habíase batido con los americanos, y durante la intervención francesa, su galicanismo y sus grandes entusiasmos por los enciclopedistas modificáronse mucho al ver que un pueblo libre

y amante de la libertad invadiese bru talmente á esta nación agobiada por guerras civiles.

Era el señor Gutiérrez lo que los hombres prácticos llaman un soñador; casóse, ya en madura edad, con distinguida joven, de origen francés, que poseía mediana fortuna, y acabóse ésta en pocos años fomentando la guerra contra invasores é imperialistas.

La República, ó mejor dicho, sus hombres, al triunfar, compensaron al señor Gutiérrez dándole modesto empleillo en la Secretaría mencionada antes, y con cuyo sueldo vivían estrechamente el padre de Baldomera, ésta y la señora Delorme de Gutiérrez.

No fueron los fracasos políticos los que decepcionaron al buen señor de su manía republicana, y en sus ratos de ocio hacía versos á Juárez, á la Reforma y á sus hombres; sermoneaba larga y sentenciosamente á Baldomera, predicando el porvenir de la ciencia, los amplios horizontes de la mujer ilustrada, la triste condición de las jóvenes

sumidas en el obscurantismo, etcétera.

Gutiérrez no se limitó á sermonear progreso y ciencia á su hija, sino que también hízola aprender varias lenguas, y, ya en casa, ya en liceos, la niña, á los diez y seis años, edad que contaba dos antes de que Tuxtepec triunfase, era no sólo belleza fuera de concurso, sino dechado de ciencias exactas y naturales.

Héme distraído presentando á Gutiérrez y aun no he hablado de su hija, que, como dije ya, era linda é ilustrada.

Vestía Baldomera el Viernes de Dolores á que me referí, ligero trajecillo de muselina rosa; su grave y sesuda cabecita estaba cubierta por anchísimo sombrero *jardinera* de paja de Italia y sus pupilas, casi grises, mirábanme las manos, que yo dejaba bañasen las aguas no muy limpias del canal.

Estábamos los dos sentados en la parte que impropiamente llamaré aquí popa, y que bien comprenden los lectores era la opuesta á aquella en la que el indígena patrón iba apoyando larga

palanca en el fangoso fondo del canal, para impulsar con tan primitivo procedimiento de navegación aquel chalán ó gánguil, que no otra cosa era el armatoste en donde hice á Baldomera la declaración solemne de mis amorosos sentimientos.

—Cuando papá, entronizado en su escritorio—comencé diciendo á la niña de ojos grises—me dicta pagarés, recibos y precios de costo, yo automáticamente escribo bajo su dictado, y entre los renglones del papel miro tu nombre. Cuando desempacamos estatuitas de porcelana, platos y tazas de *Rëgout-Maastricht*, flautas de Baccarat ó St. Louis para champaña é inmensas piezas de Majolica, veo en todos esos objetos tu rostro, Baldomera; tu carita adorable, tus lindos ojos, cuyo color me turba, y la transparencia de tus mejillas, más blancas y transparentes que la finísima porcelana de las vajillas francesas y que las tazitas de Sajonia.

—No seas necio—me contestó.—Yo no he de casarme nunca, y lo que tú

me dices son preliminares de casorio. Papá dice, y con razón, que la mujer no necesita casarse para vivir; que la mujer libre é ilustrada es la última palabra de las modernas civilizaciones, y para llégar yo á ser mujer libre, debo, antes que todo, no pensar en noviazgos...

Pasaba á la sazón junto á nuestro gánguil una chalupa cargada de amapolas rojas...

—Mira—dije á Baldomera,—de tus labios, que tienen el color de esas flores, está pendiente mi porvenir... Cuando dejo de verte, siento que una nube matizada con esa tinta deslumbradora se pone ante mis ojos.

Sonrióse Baldomera, y después de arrancar una flor de aquellas á la chalupa equipada tan pintorescamente, colocó un dedo sobre sus labios, y para imponer un dique á mis declaraciones, gritó hacia el interior de nuestra bárbara embarcación:

—Papá, éste no sabe que las adormideras, ó sean *papaver somniferum*,

son originarias de Asia y que en Oriente se extrae opio de sus cabezas.

El padre de Baldomera, entretanto, encontrábase discutiendo acalorado con el mío, qué gobernante convenía á esta nación, si un tirano, el cual á todo trance impidiera la guerra, ó un repúblico que intentase poner en práctica las utópicas teorías constitucionales.

Mi padre, á todos los argumentos de Gutiérrez contestaba en estropeado español:

—Señor Gutiérrez: la industria y el comercio no prosperarán nunca aquí si no hay paz.

Exasperado Gutiérrez, terminaba la discusión asegurando á mi padre que la industria y el comercio sólo sirven para enriquecer á unos cuantos, que en tiempo de guerra los proletarios son carne de cañón y en tiempo de paz carne de ciencia y de miseria.

Mi madre, en tanto, confeccionaba, ayudada por la señora de Gutiérrez, *sandwichs* de *caviar* y de jamón endiablado, pues los caballeros preferían to-

mar algo más nutritivo que la bebida espesa y blanca llamada *atole*, que nos sirvieron las mamás.

Entusiasmado mi padre por el cielo parecido á tela de seda azul, por el sol (rodela de cobre brillantísimo), por la abundancia de rojas *papaver somniferum* y, más que todo esto, quizá por algunas botellas de cerveza de la pala, que mamá sacó de una cesta, decidió que pasáramos el día en ese pueblecillo ubicado al borde del canal y que no sólo en la época de mi relato, sino aun ahora, recuerda los tristes tiempos de México colonial.

Entre miserables casuchas de adobe, un pequeño templo antiartístico; por las calles polvosas, sucios indígenas abyectos; acá y acullá jacales ahumados en que habitan numerosas familias; pero aquel día, todo lo triste y primitivo del lugar desaparecía casi bajo la abundancia de flores y legumbres frescas y muchachas bellas.

Abundaban sobre todo las amapolas. Habíalas rojas, rojas como sangre de toro, rojas como los labios de Baldomera y como la cinta que rodeaba su cuello; las había también matizadas de blanco y rosa, pero no eran éstas tantas como las primeras. Y hoy que de aquel día han pasado casi veintidós años, me complazco en recordar aquí en este cuarto de hotel y clavado en mi butaca de reumático cuarentón, á la encantadora hija de Gutiérrez, cuando impulsado por mi padre y más que por él por mis sentimientos, la coroné con esas flores tan vulgares, pero que tienen para mí la melancolía indefinible del recuerdo...

Algunos días después del cobro de la quincena, la señora de Gutiérrez y su hija iban á la cristalería de mi padre á comprar platos, tazas, vasos ó algunos otros trastos que escaseaban en la vajilla del que deseaba fuese mi suegro. Y aquí debo decir que no sólo yo experi-

mentaba tal deseo, sino también el autor de mis días, quien mirando en Baldomera el tipo soñado para hija política, solía decirme:

—Cuando tengas treinta años te casarás con Baldomera.

¿Por qué no se cumplieron los deseos de mi padre y los míos?

Esto es lo que me he propuesto contar al papel, durante estas horas monótonas de solterón corrido y enfermo, á quien los descalabros financieros y corporales obligan á guardar, cuando no la cama el cuarto, por lo menos dos días de la semana.

Pero que se me permita antes de contestar á la pregunta anterior, recordar aún aquellos días en que habiendo algún dinero en la familia Gutiérrez, iba la señora á proveerse de los objetos citados á la casa de comercio que yo debía poseer aún.

Con cuánta delicia mostraba entonces á la niña de pupilas grises, esos artísticos centros de mesa, sellados «Majolique» y en los que, sobre tritones y

nereidas, descansaba enorme concha irregular matizada en el exterior con esmalte tan limpio como terso.

También le mostraba los finísimos juegos de cristal inglés cortado, los llamados de muselina y aquellos en que los artífices de Baccarat grabaron hojas de parra y racimos de uvas.

Si la señora Gutiérrez se distraía un poco,

—Todo—decía yo á Baldomera—todo será tuyo cuando nos casemos.

Pero la niña sonreía, sonreía y me explicaba la fabricación del vidrio y del cristal, me preguntaba si teníamos Sevres legítimos, y nunca me decía si me amaba ó no.

Aunque no es muy del caso dar á conocer la topografía de nuestras respectivas viviendas, sí conviene hacer notar que la de mis padres tenía una amplísima y elevada azotehuela, desde donde se miraba todo el cielo septentrional.

La familia Gutiérrez habitaba la parte baja del mismo edificio en que nosotros vivíamos, y la alcoba de Baldomera tenía una ventana desde donde muchas veces y por la calle la miraba yo, inclinada sobre los libros de álgebra, física, economía política, etc.

¡Cómo sufría entonces mi joven corazón! ¡Cómo adiviné entonces que esa ciencia tan decantada por su padre, era lo que no la dejaba amarme; y cómo, por aquella serie larga de momentos dolorosos, llamé á la ventana: mi sufridero!

¡Oh, sí! ¡qué lejos estaba Baldomera de suponer que la veía yo estudiar y que me entraban ímpetus de quemar todos los tratados de matemáticas y física!

Llamábame el cristalero y yo, por broma, cuando ella me lanzaba el mote dicho, le decía:

—¡Oh, Bachillera! tú serás mi maestra de álgebra, de física y de todas las ciencias que poseas; pero antes ámame...

Y la Bachillera sonreía con su son-

risita de esfinge de carne, con esa sonrisita enigmática tan frecuente en los labios de las mujeres en quienes la cabeza domina al corazón.

Hablé de la amplia azotehuela de mi casa, porque desde ella se miraban por las noches, siete estrellas brillantísimas esparcidas sobre el cielo en esta forma:

y siempre que yo estaba triste y pensaba en la enigmática sonrisa de Baldomera, me ponía á mirar las siete estrellas susodichas y acababa por llorar como un niño.

Sucedió que una Nochebuena, papá invitó á los Gutiérrez al Arbol; se bebió champaña y después del festejo salimos todos á la azotehuela.

La Bachillera y yo nos separamos del grupo, y animado por el espumoso Rœderer, la dije:

—Baldomera, si esas siete estrellas hablaran, te dirían cuán triste me han visto, cuando dejo de verte.

—Tonto—me contestó,—se ve que eres cristalero, esas siete estrellas se llaman la Osa Mayor, y junto á la segunda de la cola hay una pequeñísima que los árabes llaman Saïdak... Mira, ¿la distingues? Allí será donde yo te ame, porque seguramente tú tampoco sabes jota de la pluralidad de mundos habitados.

—Baldomera—repuse,—¿para qué esperas á vivir en aquel mundo lejanísimo para amarme? ¿No te parece más sensato aprovechar nuestra juventud en esta tierra?

—No, allá... allá...—dijo señalando el astro y sonriendo con su enigmática sonrisita.

Ante tan lejana promesa, le tomé la mano que señalaba al espacio, y no pude impedir, al besársela, que de mis

ojos cayera llanto y la mojase. Claro, la noche, el Bécquer, la belleza de la niña, la distancia tan grande y la época tan remota que Baldomera proponía, hicieran llorar a cualquier enamorado.

Murieron mis padres y el señor Gutiérrez en un espacio de cuatro años. Baldomera, ya titulada, seguía viviendo con la madre, daba clases y cada día que pasó, tuve noticias de sus nuevos éxitos.

Yo, joven, inexperto y deseoso de conocer la vida, sin dejar de amar á Baldomera, gasté en pocos años el patrimonio paterno en viajecitos por Europa y Estados Unidos, en amoríos ilícitos y en fiestas.

Sin un resabio de orden que en mí quedaba, á estas fechas no tendría ni siquiera la modesta renta vitalicia que me permite pasarme días enteros en el cuarto de este hotel cuando me ataca el reumatismo.

¡Oh, estos dolores reumáticos llegan

hasta hacerme arrojar la pluma, en ciertas horas de ocio, que me ocurre, como hoy, recordar mi adolescencia y mis años pasados!

Pero, volvamos á la Bachillera; me llegó por fin á decir, *claris verbis*, que no pensaba ni deseaba casarse, que el estudio satisfacía todas sus aspiraciones y que seguiríamos siendo como siempre, buenos amigos si no insistía en galantearla. Habiendo yo estudiado algún tiempo después y en varios sujetos femeninos, la vida conyugal ilícita, dejé por varios años de ver á la Bachillera; pero leed cómo fué la última entrevista que con ella tuve hace pocas semanas.

Regresaba con mi enferma humanidad en un tranvía, después de pasar una semana en el Peñón de los Baños, y ya fuera la soledad, ya la tinta gris que allí como en Aigues-Mortes domina, y que mis achaques me hacen prever un fin próximo, ó quizá el melancólico paisaje lacustre que desde allí se mira, lo cierto es que venía vi-

BIBLIOTECA NACIONAL

brante, como dicen ahora... Era al anochecer y por el Norte brillaban con el mismo brillo de hace veinte años, las siete estrellas que me miraron llorar desdenes de Baldomera.

Y, ¡qué sorpresa!, al entrar á la ciudad, subió ella al tranvía; ella, la actual Bachillera ceñuda, escurrida de caderas y amarillosa.

Venía de dar una clase. Nos reconocimos en el acto é instintivamente ella también miró los siete mundos boreales.

—¿Te acuerdas de la Nochebuena de hace veinte años?—le pregunté.—¿Te acuerdas de mis tonterías?

—Sí—me contestó,—¿y te acuerdas tú que te prometí amarte allí en Saïdak?... Allí hemos de amarnos eternamente—prosiguió—¿y le llamas tú tonterías á las de aquella época? ¡Si supieras con cuánto deleite la recuerdo ahora! Sí, allá nos hemos de amar eternamente, aquí ya no es tiempo.

Levanté mis ojos para verle los suyos á través de los binóculos, porque

en mi mano derecha había caído una lágrima ardiente.

Nos despedimos, y al llegar á mi cuarto, aterrado ante la perspectiva de una eternidad con la Bachillera actual, ceñuda y escurrida de caderas, pensé en voz alta:

—Señor, Dios mío, yo he conocido la vida conyugal con mujeres elegantes y bellas y jóvenes, y apenas pude soportar uno ó dos años la tal vida. Señor, Dios mío, si te ocupas de mi pobre alma después de su paso por este planeta sublunar, te ruego por tu Divino Hijo que no la condenes á pasar la eternidad con la Bachillera ni con nadie... Señor, Dios mío, dale sí á mi espíritu, cuando deje su material vestidura, olvido completo de esta existencia y reposo eterno... y, nada más, Señor, nada más.